

La cotidianidad escrita

Maria Paula Peña



Capítulo 1

1

Psicología evolutiva

La eterna dualidad mente-corazón la obsesionaba. Por eso, decidió estudiar psicología. La pregunta que más odiaba: “¿por qué psicología y no psiquiatría?”. Y aunque tenía todo un parroquial de razones bien pensadas que convencerían a cualquiera, la verdadera razón era que no tenía ni el tiempo ni la plata para estudiar, primero, medicina y, luego, la especialización.

Ya había avanzado lo suficiente para entrar al aula en la que se dictaba una de las clases más intrigantes (según ella): Psicología Evolutiva. Siempre que hablaba de esa materia los demás inclinaban la cabeza hacia un lado y miraban al infinito, como buscando la definición. Tantas veces le pasó, que empezó a clasificar a las personas en dos grupos: las que inclinan la cabeza hacia la derecha y las que la inclinan hacia la izquierda. Después de aprender sobre el sistema de recompensa del cerebro, la dopamina y toda esa carreta, decidió usar esas incómodas e insufribles experiencias a su favor: las convertía en oportunidades de estudiar a las personas y tener unas cuantas neuronas completamente dedicadas a los hallazgos.

Y se llegó el primer día de clase de Psicología Evolutiva. Como acostumbraba a hacer con las materias que prefería, seleccionó el cuaderno nuevo más bonito —el de las hojas más suaves, cuadriculadas— y los bolígrafos de trazo más exacto, de sus colores favoritos, cuya probabilidad de derramar tinta era mínima. Contó las filas y seleccionó la de la mitad; contó las sillas y seleccionó la de la mitad... todo lo que dependiera de ella para que la experiencia fuera perfecta, quería simplemente mirar al frente y dejarle a la visión periférica la labor de dibujarle la totalidad de la plataforma y del tablero, “así no tengo que girar la cabeza”.

Había dos horarios disponibles para la clase. Ella tomó el de las 10 a. m. porque uno de sus hallazgos dictaba que se aprende mejor en la mañana, y ojalá después de que hayan pasado una o dos horas después de comer, así no comprometía ni su retentiva ni su concentración por la aparición de la marea alcalina. Hasta había sincronizado su calendario de lavado de cabello para que ese día estuviera regio y no tuviera que preocuparse ni siquiera por eso. Sí, era una chica obsesiva.

Sus muchas obsesiones la hacían bastante predecible. Faltaban dos minutos para que empezara la clase. Entonces, un tintineo. Un mensaje de texto. Esa era su debilidad... las notificaciones. Pero, por supuesto, no las podía desactivar, qué tal que se perdiera de algo verdaderamente importante o urgente, una catástrofe... qué tal que aparecieran esos globitos rojos en los iconos de las aplicaciones tan molestos cuando ella desbloqueara el celular. No, no, no, había que ver el mensaje.

“A que estás en la silla de la mitad en la fila de la mitad”

“¿Y este?!”, pensó. Era de su compañero de trabajo. Se habían conocido hacía dos años y escogían los mismos turnos porque se soportaban bastante bien. Resultaba que era de las pocas personas que no se espantaban con sus obsesiones. No solo no se espantaba con ellas... hasta parecía que las coleccionaba, y aprovechaba cualquier oportunidad para sacarlas a relucir jocosamente.

“Voy a ignorar completamente este mensaje”, se dijo. Y en esas entró un muchacho joven con cara de profesor. Efectivamente, era el profesor. “Pero si este ni ha terminado de evolucionar... claro que qué me esperaba ¿un viejito con corbatín y bigote sosteniendo un cráneo?”, así fue como de inmediato despidió sus pensamientos parciales y discriminatorios.

La clase fue bastante amena; la presentación del hombre, muy impresionante; y las temáticas del semestre, muy prometedoras. Salió feliz. Tan feliz que respondió al mensaje:

“ja ja ja, ¿nos vemos para almorzar antes de entrar al trabajo?”

“Pero, por favor... ya ordené tu `lo de siempre”

Era una relación bastante cómoda, sentía que no tenía que explicar nada y tampoco solicitaba explicaciones. Se moría de ganas de contar su experiencia de primera clase, y la víctima sería él.

¿Y bien? ¿Cómo fue la clase? -preguntó él antes de que ella empezara.

Absolutamente fantástica. Hasta atractivo el profesor...

¿Algo más relevante que tengas para compartir?

Pues todo lo demás es lo relevante -le dijo después de propinarle un codazo- solo quise resaltar el hecho de que hasta eso salió bien.

Aprovecha que mi plato es más grande y cuéntamelo todo mientras yo como.

Entonces, empezó a contar con tanto detalle y emoción que él se transportó. Se transportó a la percepción de ella sobre lo que había vivido. Ya la conocía tanto que hasta podía asegurar los colores, los tonos de voz, la temperatura, los olores y demás sensaciones que acompañaban a la descripción.

Pues me alegra un montón que la hayas disfrutado tanto. Es lo mínimo que te mereces por soportar un trabajo que detestas. -le dijo sonriendo mientras raspaba el plato con el tenedor.

Es un medio para alcanzar un fin... -siempre respondía eso, hasta a sí misma, cuando le decían que se notaba que odiaba su trabajo.

Lo sé, lo sé. Entonces, ¿te dejaron tarea?

Pues... sí y no. Es un trabajo que tendremos que entregar al final del semestre.

¡Ja! Y mínimamente ya hiciste el itinerario para que no te coja la noche y tener la nota más alta. -respondió él, de nuevo seleccionando una de sus obsesiones de la colección.

Por primera vez en la vida no me interesa la nota más alta, pero sí me programé para esta semana definir el tema por lo menos. Sí quiero que sea el tema más interesante.

¿Esta semana? Entonces apúrate porque es viernes... aunque, pensándolo bien, este domingo es el Día de los Enamorados. A lo mejor, de lo que veas sacas tema.

Era una muy buena idea. Obviamente, no se acordaba de esa festividad, para ella no era más que "el día de lucrarse a costa de una emoción que difícilmente se mantiene en el tiempo". No estaba enamorada ni quería estarlo. Pero los sujetos sí que se ponían interesantes cuando se enamoraban, era como ver otra versión de la gente: lo que dijeron que nunca harían, que nunca dirían y para colmo con la persona que menos se habían imaginado.

¡Qué idea tan buena! Increíble que haya salido de la cabeza de un ingeniero. -le dijo riéndose.

Estaba siendo poco eficiente ese día en el trabajo... No podía dejar de pensar en qué tema escoger. Tenía que ser serio, pero interesante y muy bien desarrollado. No iba a ser algo cliché, pero tenía que entenderlo todo el mundo. A fin de no arriesgar su puesto, decidió que dedicaría el domingo de San Valentín a estar fuera de casa contagiándose del espíritu

de enamoramiento que reinaría.

Eran las 8:00 a. m. del domingo. Ella ya estaba desayunada y lista para salir. Se había vestido de rojo, incluso. Era un día soleado precioso, el cielo estaba completamente azul. Decidió que empezaría por el parque.

Durante todo el día pensó en amor, vio amor, habló de amor, escuchó sobre el amor y hasta se metió al cine a ver una película cliché del Día de los Enamorados. "Conclusión: nada de esto es amor, es dopamina pura". Algunas veces se sonrió y otras se sonrojó al ver las diferentes muestras de "amor" entre parejas: caricias, abrazos, entrelazamiento de manos, y besos... besos... ¡besos! Nunca había dado realmente un beso, aunque había recibido algunos de unos pobres desafortunados. Pero este era realmente UN TEMA, como el que ella estaba buscando. Se le pasaron mil ideas y mil preguntas por la cabeza.

Ya tengo tema. -afirmó sonriente y sin saludarlo.

Buenos días, ¿no?

Pensé que ya habíamos sobrepasado los formalismos. En fin...

¿Y cuál es el tema? -dijo él ya despegando la mirada de los papeles de su escritorio para fijarla en ella.

Los besos. – y lo introdujo como haciendo un arco con las manos.

¿Qué? ¿Cómo podría ser algo que nunca experimentas un tema?

No le hizo ninguna gracia, pero se explicó:

Es un tema que me da infinitas posibilidades: ¿por qué se besan las parejas?, ¿qué procesos químicos se producen en el cuerpo antes de, durante y después de los besos?, ¿besar es instintivo o aprendido?, ¿hay alguna cultura en la que no se bese la gente?, ¿desde cuándo hay registro de besos románticos?, ¿se besan los animales con el fin de expresar amor a la pareja?, ¿lo hacen solo los mamíferos?, ¿qué besos prefieren los hombres y qué besos prefieren las mujeres?, ¿qué cosas cree cada uno que podrá determinar con un beso?...

¿Y por qué no haces un estudio con las mismas preguntas sobre los abrazos? -propuso él. Sin embargo, lo hizo ya sabiendo que ella probablemente lo había pensado y tendría la respuesta.

Porque una pareja difícilmente recuerda la fecha de su primer abrazo, o cómo fue o quién lo inició... como sí ocurre con el primer beso, al menos

en muchos casos. -respondió, orgullosa de haberlo pensado antes.

Entonces, se sumió en los libros, los estudios, las entrevistas, los experimentos sociales, la clase de Psicología Evolutiva... Ya pasaba más tiempo con su profesor en las asesorías que con cualquier otra persona. Hasta almorzaban juntos a veces.

Él dejó de verla prácticamente. Ya ella escogía los turnos con base en lo que más le conviniera para el desarrollo de su trabajo final. Entraba al turno apenas sobre la hora y salía tan pronto terminaba... ya no había salidas al bar después de la jornada, no había almuerzos antes del turno. Antes acostumbraba a responderle los mensajes casi que inmediatamente, ahora pasaban días. Él se ensombreció un poco; después, se enojó por semejante abandono; y, ya los últimos días, estaba resignado y con nueva rutina sin ella.

Llegó el día de entregar el trabajo final cuatro meses después. Largos para él, veloces para ella.

"Hoy es el día. Qué nervios tengo!!!" le escribió en un mensaje. Él no respondió. Estaba ofendido. Ofendido con ella, con la psicología evolutiva, con la clase, con su obsesión a entregarse tanto a las cosas. Ofendido hasta con el profesor.

Ella se mordió el labio, en ese momento cayó en cuenta de que lo había abandonado. Eran amigos y eso no se justificaba. Trató de compensárselo con una propuesta:

"¿Vienes a la presentación? Te invito a cenar después. Prometo callarme y escuchar. Si decides venir, trae paraguas: está diluviando".

"¿Y encima me toca ir a mí?!" pensó él con enojo.

No fue.

Ella lo buscó con la mirada cuando fue su turno de pasar al frente. No lo vio y se le arrugó un poquito el corazón. Ella era la culpable. Expuso con verdadera pasión todos sus hallazgos, se movió de un lado a otro, bromeó con el público, sonrió... Estaba tan cómoda y se veía tan segura. Cuando terminó, estallaron los aplausos. Verdaderamente fue el mejor trabajo final. El profesor lo dijo en su discurso después de las presentaciones. Ella se sintió muy feliz y se acercó a él para agradecerle. Él le dio un abrazo.

- Me gustaría buscar dónde publicar tu trabajo, si estás de acuerdo.

- ¡Uy!... no sé qué decir... -ella se quedó helada.

- ¡Pues que sí! Además, estás preciosa. Menos mal ya sabía de qué trataba tu trabajo y no me sentí tan culpable de haberme distraído con tu imagen despampanante. -le dijo él mientras recogía sus cosas. Luego le guiñó el ojo.

Ella se sonrojó y, antes de que él pudiera decir algo más, se despidió apresuradamente.

A pesar de haber logrado lo que quería y sentirse tan satisfecha con todo, el clima lluvioso la apagó. Se quería ir, pero no a su casa. Se había pedido el día libre del trabajo, así que tampoco al trabajo... Con ese clima, ni un parque era opción.

Cruzó la plaza de la universidad sin abrir el paraguas, caminando rápido y mirando hacia abajo. Qué más daba si se mojaba, no iba a ningún lugar especial, ya no luciría su cabello arreglado en ninguna cena. A mitad de la plaza casi se tropieza con unos pies. "Estos zapatos los conozco" pensó mientras recuperaba el equilibrio. Miró hacia arriba. Era él. Jadeando de correr e igualmente mojado, simplemente la miró a los ojos.

- Llegas tarde. Ya terminó, era a las...

- Prometiste callarte. - dijo él. Y con más decisión y seguridad que las que ella había demostrado en su presentación, se inclinó para besarla.

A ella no le dio tiempo de hacer nada. Solo de cerrar los ojos. Y entonces repitió todo lo que había investigado en su mente. Ahora de forma diferente.

"Besar causa unas reacciones químicas en el cerebro muy específicas... la respuesta es muy rápida: liberación de dopamina y serotonina, principalmente; aunque en las relaciones a largo plazo se documenta también liberación de oxitocina, para seguir creando lazos. Creo que este es el caso. Leí que sus raíces pueden provenir de la práctica de algunas aves madre de alimentar a sus crías por la boca. En este caso, no tiene sentido... aunque sí siento que alimenta mi espíritu. Los hombres están más dispuestos que las mujeres a besar a alguien a quien no se sienten atraídos ... ¿eso explicaría por qué esta vez no me estoy despegando? ¡oh, por Dios! No debería preocuparme tanto por no haberme preparado para este beso... los hombres no tienen una percepción tan desarrollada de los olores y las hormonas como nosotras. Mmm, pero yo sí. Y si bien no me huele ni a menta ni a perfume, el olor que percibo es bastante fuerte... pero me gusta. ¿Qué información estará detectando él sobre mis hormonas? Y si yo estoy aceptando el riesgo de contraer una enfermedad... ¿es porque me gusta? Ahora, los tipos de beso. Mmm este no es intenso... aunque sí un poco largo. Se siente tierno y suave. Un momento... pero lo que leí mayormente afirmaba que los hombres prefieren los besos intensos. ¿Esto qué quiere decir? Creo que algo bueno.

Finalmente, parece que no está buscando algo más allá de esto. ¿Y si estoy respondiendo es porque de alguna manera determiné que sería una posible buena pareja? ¡ay, Dios!”.

Por fin, se detuvieron. Ella abrió los ojos y se sorprendió al ver que estaba en un abrazo mutuo inconsciente. Entonces, se recostó en su pecho y él acarició su cabello.

Aprendí más en este instante sobre los besos que en cuatro meses de intensa investigación. -fue lo único que se le ocurrió decir. Como siempre, evaluando las situaciones por los hallazgos.

- Tu trabajo final también me enseñó mucho. -le susurró él.

- ¿Qué? Pero si ni lo escuchaste...

- Me enseñó que no quiero una vida sin ti.

2

Hábitos

Llevaba más de una hora despierta, pero no había querido levantarse. No quería empezar el día antes de que sonara el despertador. Además, era un día que había esperado con miedo y resignación desde hacía un mes.

Solo despertaba antes de que sonara la alarma si estaba ansiosa por algo. Este era el caso: Tenía una presentación muy importante en el trabajo a la que asistirían los directores de la sucursal principal y hasta algunos de sus competidores. No debía tener miedo pues era una mujer capaz, pero los malos hábitos le impedían explotar todo su potencial.

Ella era una mujer tímida, no fastidiaba a la gente, contestaba lo que le preguntaban, hacía lo que se esperaba de ella y de vez en cuando se desahogaba con algún amigo.

Había creado una cuenta de Twitter hacía como seis meses. En principio, con el propósito de enterarse lo más pronto posible de lo que le interesaba: el precio de las divisas, el pronóstico del clima, el estado de las vías y las rutas de autobús. Luego, despertó su troll interior y, no solo veía los reportes, sino que leía los comentarios y mentalmente respondía a ellos. No pasó mucho tiempo hasta que comenzó a tuitear y a

envolverse en discusiones con personas desconocidas.

Este alter ego se manifestaba de forma muy diferente a lo que ella era en el mundo tangible. Twitter es la red social en la que la gente discute estando de acuerdo. Ella se compraba las peleas. Seguía a la gente que hacía los comentarios más mordaces, sarcásticos y aparentemente respaldados por hechos probados. Les daba "me gusta" y "retuitear" a aquellos trinos que consideraba brillantes, a las lógicas aplastantes que ponían fin a una discusión, a los argumentos indebatibles. No tenía a nadie conocido entre sus contactos o seguidores... así se aseguraba de mantener esta identidad lo más auténtica posible.

Lo primero en la mañana después de apagar la alarma: revisar Twitter.

"Necesito despejar esta cabeza o me voy a enloquecer" dijo mientras cargaba la aplicación.

Y abrió los ojos de sorpresa al ver la tendencia número uno: El líder del partido opositor había renunciado. Carne fresca, seguro se lo estarían devorando. Leyó los comentarios con verdadera avidez y se apoderaron de ella unas ganas irresistibles de responder a todos. Tenía tanto que decir; sin embargo, no tenía toda la mañana. Respondería solo a aquellos que dijeran verdaderas estupideces o que estuvieran mal escritos.

Se le fue media hora como agua entre los dedos. Cuando se dio cuenta de la hora se levantó de un salto y volvió a invadirla la ansiedad. "¡Tengo que correr! ¿Qué digo? Correr no. ¡VOLAR! O la próxima en renunciar seré yo".

Revisó la cuenta de movilidad de su ciudad. La avenida que tomaba usualmente para ir al trabajo estaba bloqueada por un accidente. Ahora tendría que caminar quince minutos más para llegar a la siguiente parada de autobús y rogar para que las dos rutas que le servían pasaran más tarde de lo habitual. Compró un desayuno para llevar y corrió a esperar el autobús.

Con la avenida principal bloqueada, las demás calles estaban imposibles de transitar. El tráfico avanzaba con lentitud. Afortunadamente, alcanzó a tomar un asiento y, mientras se comía el pan, sacó su teléfono y volvió al feed de noticias. Los comentarios habían estallado, se habían subido mucho más de tono en la última hora. Ahora las tres primeras tendencias en su país tenían que ver con la dichosa renuncia. Ya se habían devorado la carne fresca. Estaban reciclando episodios anteriores en los que el mismo líder había estado implicado. Ella respondió a cuanto comentario leyó e incluso en los trinos que no tenían nada que ver hacía un llamado para que opinaran sobre la noticia.

Cuando su troll interior sació su sed de pelea y se apaciguó, dirigió la mirada a la casilla "¿Qué está pasando?" y escribió: "Se acabó la cuenta regresiva". Guardó el teléfono y se resolvió a repasar su presentación mentalmente. Sin embargo, sus fieles seguidores causaron una lluvia de notificaciones: "Seguro te va a ir muy bien, preciosa"; "You got this"; "Eres la número uno"; "Después del notición de hoy nada podría salir mal". Ese último la hizo reír. Se sintió más segura de sí misma.

Tenía el quinto turno. Con ese calor infernal, sentada en la sala de juntas y con la luz apagada ella batallaba contra el sueño. Era un buen puesto, una buena empresa... pero el trabajo era aburridísimo. Y ahora tendría que esperar dos horas para que acabara su suplicio de una vez por todas. Las presentaciones proyectadas en la pantalla solo mostraban números que ella ya se sabía y auguraban una caída de la economía en picada. Revisar el feed era la forma más rápida y efectiva de vencer el sueño... pero todos verían que brillaba una pantalla entre el público. No quería atraer la atención.

Se levantó y se dirigió al baño. Cuando advirtió que no había nadie, se acicaló un poco frente al espejo y, recostada en la pared, empezó a devorar contenido de nuevo. Ahora tenía un mensaje directo: "¿Cómo fue la presentación?". Exhaló aire frío y contestó que aún no había sido su turno. En la página principal, se dio cuenta de que la gente ya había dejado tranquilo al exlíder y estaban volcados en dar mensajes de apoyo emocional a los familiares del atropellado que había causado el trancón de la mañana en la avenida.

"No falta el burro que habla" susurró mientras leía un comentario de un usuario indignadísimo diciendo que se lo merecía por no cruzar por el paso peatonal. Naturalmente, se desató una pelea.

Escuchó unos golpecitos en la puerta. Era la voz de su jefe: "¿Estás ahí? Es tu turno, te estamos esperando". La sangre se le heló... ya podía ver las caras de todos volcadas hacia ella cuando regresara.

(...)

"¿Qué está pasando?"

La batería apenas le daba para un último trino: "Soy un fracaso". Conectó el teléfono al cargador y se dio la vuelta para dormir.

En el cajón de la mesa de noche donde la mayoría de las personas suelen guardar medicamentos para alguna emergencia, ella guardaba una caja

con dulces de todo tipo. Ese era su remedio para la ansiedad.

Este era un día especial: la ansiedad la tenía al cien. Aunque había despertado antes de lo habitual con el objetivo de repasar su presentación, hacerle unos ajustes y guardarla en la nube, tenía el cuerpo semiparalizado. Los únicos movimientos que podía hacer sin ningún esfuerzo eran los que implicaban sacar un dulce de la caja y comérselo. Se quedó sin dulces.

Por fin, sonó la alarma. Empezó el día como cualquier otro y se le hizo tarde. Ahora se habían alineado los astros contra ella y tendría que correr aún más porque la ruta de autobús que solía tomar para el trabajo estaba inhabilitada por un accidente en la avenida principal. "Empezamos mal" pensó.

No alcanzó a desayunar en casa. Pero tenía que comer algo, la ansiedad la hacía devorar comida. Se acercó a una panadería que le quedaba de camino y compró lo que su mente le pidió: pan y café. Se subió cuidadosamente al autobús para no derramar el café y agradeció que hubiese un asiento libre.

Después de acabarse el desayuno sin apenas masticar, buscó en su bolso si tenía algo más para engullir. No tenía nada... ni siquiera un chicle. En ese momento, se subió un vendedor ambulante al autobús. Nunca les compraba nada, incluso cuando eran artículos que le parecían útiles, porque opinaba que ese no era el lugar para comerciar. Esta vez, el vendedor publicitaba unas barras de cereal resaltando su valor alimenticio y haciendo referencia a que esa era una buena hora para desayunar.

- Deme una, por favor. -dijo ella extendiendo la mano con el dinero.

- Con mucho gusto. Si quiere le doy las vueltas o se puede llevar otra a la mitad del precio.

- Bueno, está bien. Deme las dos. - respondió con rapidez. Una la guardaría para una futura ocasión.

Ya en la empresa, se topó de frente con la jefe quien le ofreció un sándwich:

- ¿Ya desayunaste?

- No apropiadamente. Te lo agradezco mucho. -y le recibió el paquete. Tenía tanta hambre como si no hubiera comido en toda la mañana.

- ¿Estás nerviosa por la presentación? -preguntó después de sentirle las

manos frías.

- ¿Yo? No, no, ni más faltaba. En esto hemos trabajado los últimos tres meses... manejo el tema al dedillo. -mintió mientras se sacudía el pantalón de boronas.

La jefe la miró con incredulidad y se retiró para recibir a los directores y demás invitados a la sesión de presentaciones. Entre ellos, estaba el compañero de oficina odioso que la había atormentado todo el año pasado. Ella se giró para darle la espalda. No podía ocultar su cara de enojo: todavía no superaba que lo hubieran ascendido.

Llegó a la sala de juntas y al ver el cronograma se dio cuenta de que sería la quinta en presentar. ¿Y si los demás decían lo que ella tenía planeado decir? ¿Y si ese director la hacía quedar en ridículo con preguntas? ¿Y si fallaba dramáticamente la energía o el computador y ella no podía empezar? Ese mal hábito de imaginar los peores escenarios para los que no estaba preparada empezó a crujiar en su cabeza.

Afortunadamente, el calor, la oscuridad y el silencio la relajaron. La relajaron tanto que ya se estaba quedando dormida. Decidió pensar en lo que haría al terminar la jornada. Por más mal que le fuera, ese día iba a terminar. Como no podía permitirse seguir cabeceando, decidió dejar la sala para ir al baño.

El baño estaba vacío, así que pudo arreglarse un poco el cabello y el maquillaje sin afán antes de la presentación. De nuevo, hablaron sus miedos en su mente y se le hizo un hoyo gigante en el estómago. Recordó la barra extra de cereal que había comprado y se la zampó de tres mordiscos mientras miraba su teléfono.

Lo dicho. El día iba a terminar pasara lo que pasara.

Una vez en casa, se puso la ropa más cómoda que encontró y estalló en llanto. Pidió comida a domicilio... un plato para dos personas. Vio la televisión hasta que se tranquilizó y se acostó a dormir.

Siempre que le preguntaban cuál era su peor hábito contestaba sin dudar: la procrastinación.

Procrastinar le había costado tiempo, por supuesto, dinero, buenas relaciones, le había impedido seguir con juicio una dieta saludable y una rutina de ejercicios. Sin embargo, tenía tan arraigado este mal hábito que hasta postergaba pensar en él y en cómo vencerlo.

Sabía que tendría que hacer una presentación en el trabajo desde hacía tres meses. Como era una mujer tan capaz y tan buena en lo que hacía, pensó que no era necesario empezar a prepararla inmediatamente.

La noche anterior al día de la presentación estaba como loca buscando los documentos, las cifras, los contactos, las referencias... A media noche consiguió tener armado un archivo con gráficas y poco texto, justo lo que necesitaba. En ese momento se dijo orgullosa: "seguro que si lo hubiera hecho desde el principio no me habría quedado tan bien. Mañana lo guardo en Drive".

Estaba tan agotada que se recostó pensando que cuando recuperara algo de energías se levantaría a ponerse la pijama y quitarse el maquillaje. El resultado fue que amaneció encima de las cobijas, congelada de frío y con unas ojeras espantosas.

A pesar de haberse despertado antes de que sonara la alarma, se levantó tardísimo. El vestido que tenía pensado usar para dar la presentación estaba en la pila de ropa para lavar... Se suponía que la lavaría el fin de semana, pero se presentó su mejor amiga de imprevisto con dos boletos para el concierto del año y ella no pudo decir que no. El siguiente vestido más apropiado era con el que había dormido la noche anterior y estaba ya todo arrugado y con marcas de rímel... Nada que hacer, a ponerse un pantalón elegante.

Tenía que desayunar algo antes de salir. En estas circunstancias, la ansiedad la conducía a devorar comida y no podía permitirse tener hambre. Pero al abrir la alacena recordó que también tenía que hacer las compras y lo había pospuesto para el siguiente fin de semana. Ya tendría que hacer una parada adicional en la panadería para comprar algo de desayuno.

Se enteró de que la avenida estaba bloqueada; esto le suponía tomar otro autobús en una parada más lejana. Caminar más tiempo implicaba escoger unos zapatos diferentes a los tacones habituales. A pesar de ser verano, se decidió por las botas de piel. Así pudo correr y alcanzar justo a tiempo la ruta que la llevaría a la oficina.

Cuando por fin llegó su turno de presentar, recordó con terror que no había guardado el archivo en Drive. Estaba irremediablemente en el disco duro de su computador, a unos 30 kilómetros de distancia. Se le aguaron los ojos, pero se resolvió a hacer la presentación lo mejor que pudiera.

Todo salió de maravilla. A pesar de su preparación de última hora y sin el apoyo del archivo, recordó las cifras, alabó a sus compañeros de equipo y expuso el informe trimestral con precisión. Incluso pudo responder magistralmente a las preguntas maliciosas de un excompañero de trabajo

a quien el ascenso le había provocado aires de superioridad.

Salió triunfante de la sala de juntas y recibió los elogios de su jefe y de algunos directores. Transcurrió el resto del día en la oficina sin contratiempos y ella terminó la jornada feliz a la hora habitual: cinco de la tarde. Su jefe iba de salida, pero al verla todavía en la oficina entró y le preguntó:

- ¿Hoy no ibas a salir más temprano?

- ¿Ah sí? - respondió ella inclinando la cabeza como tratando de acordarse de algo.

- Me habías pedido permiso para hoy formalmente hace dos semanas... era por algo relacionado con tu hermano.

Ella palideció. Lo había olvidado por completo. Tendría que haber hecho varias cosas antes de ese día pero las había pospuesto. Entonces, empezó a buscar desesperadamente su teléfono. Solía olvidarlo en algún lugar porque cuando estaba en un computador podía acceder a todo desde ahí... A todo, menos a las llamadas.

"¡15 llamadas perdidas de la maestra! Mi mamá me va a matar". Pensó mientras guardaba apresuradamente todo en su bolso.

Llegó en taxi al colegio. Ya no había nadie, ni un carro estacionado. Ni un alma se veía por ahí. Se acercó a la puerta temiendo lo peor. En las escaleras de la entrada estaba su hermanito sentado, llorando. Tan pronto la vio, se le iluminó la cara y se arqueó una sonrisa gigante.

- ¡Pensé que te había pasado algo! - le dijo con alivio mientras la abrazaba.

Ella habría preferido que él estuviera enojado, que le hubiera hecho un show, una pataleta por haber olvidado la clausura. Pero él era un niño. Los niños nunca creen que obraste mal a propósito, no conocen qué es procrastinar, ni qué es olvidar algo. Si tú eres su héroe o su heroína, nada de lo que haces está mal motivado. Tiene que haber siempre una explicación lógica. A ella se le hizo un nudo en el estómago.

- Perdóname, por favor. Dime qué pasó.

- No... eh... este... como la profe vio que yo no tenía el disfraz le dijo a un compañerito que hiciera mi papel.

- ¿Y no te sentiste triste? Perdóname, por favor. -repitió ella con lágrimas

en los ojos.

- Pues... pues... sí. Pero yo estaba pensando que algo te había pasado y estaba muy preocupado. ¿No estaba listo mi disfraz? - le preguntó abriendo los ojos.

- No sé... - susurró ella.

Tendría que haberlo recogido la semana pasada para que él pudiera presentar su papel. Pero entre una cosa y otra, los enredos en la oficina, el concierto, la nueva temporada de la serie... no lo había hecho. A él le hacía muchísima ilusión, todos los días practicaba y le hizo un dibujo a ella como invitación para que asistiera a la obra de teatro de clausura. Ella lo había olvidado.

Lo dicho. El día iba a terminar pasara lo que pasara.

Una vez en casa, se puso la ropa más cómoda que encontró y estalló en llanto. Pidió comida a domicilio... un plato para dos personas. Vio la televisión hasta que se tranquilizó y se acostó a dormir.

“¿Qué está pasando?”

La batería apenas le daba para un último trino: “Soy un fracaso”. Conectó el teléfono al cargador y se dio la vuelta para dormir.

3

“Esto es muy extraño” pensó, luego de colgar el teléfono. Sin embargo, tenía que averiguar qué era lo que decía esa carta. Le había picado una curiosidad que no había sentido desde hacía años. ¿Cuánto demoraría en llegar a su domicilio? “Pues tiene que viajar unos 2500 kilómetros y eso va a tomar, mínimo, unos cinco días”.

Él ya no tenía la edad para soportar esas alteraciones, esas descargas. Era un hombre viudo, orgulloso padre de dos hijos y, aunque gozaba de relativa buena salud y podía vivir solo, había decidido desde hacía mucho tiempo evitar las emociones fuertes. Así que se resolvió a tomar el asunto con calma; no obstante, hizo lo que nunca se debe hacer cuando se le quiere quitar importancia a un asunto: se lo contó a alguien.

- ¿Y cuántos años me dijiste que han pasado?

- Como 50. - respondió. Su amigo abrió los ojos por la sorpresa.

- ¿Y la botella era de diamante o qué? Se conservó bastante bien.

Él se encogió de hombros. No había sido una botella especial, de ninguna manera. Había buscado entre aquellas que tenía en casa y esa fue la que encontró.

- ¿Alguna idea de quién la recibió y la contestó?

- No. Alguien de nombre Taylor. La dirección del remitente es en Reikiavik.

- ¿Rei qué?

- Islandia.

- Bueno... Taylor puede ser cualquiera. Por el nombre no se puede determinar si es hombre o mujer. Incluso puede ser un apellido.

- Lo sé... - e intentó no parecer nervioso.

- ¿Por qué decidiste contarme sobre esto?

- Porque desde que me jubilé es lo más interesante que me ha pasado. - dijo entre risas.

- Eso por descontado. Y este pueblo es tan chiquito que a lo mejor contándole esto a la persona correcta queda en primera plana del periódico.

Se había conocido con este amigo hacía un par de años. Podía hacer con él cualquier cosa y hablar de lo que fuera: desde café hasta problemas existenciales. Pero él ya no estaba para hablar de cosas tan profundas... "que los jóvenes se ocupen de esas cuestiones, yo merezco una vida tranquila". Terminaron la conversación tan pronto se terminó el café y cada quien para su casa.

Él no pudo dormir esa noche. No era una noche fuera de lo común: se había acostado a la misma hora de siempre, llevaba tiempo fuera del alcance de cualquier pantalla, había tomado su té y sus pastillas, había comido algo ligero a las cinco... Era ese bicho de la curiosidad que lo había picado. Y ni modo. Para eso no había ni pastillas, ni cremas, ni ungüentos. Nada qué hacer.

Pasadas dos horas de dar vueltas en la cama, se sentó en el borde. Prendió la lámpara y lo primero que vio fue el portarretratos con una foto de recuerdo de su matrimonio. Sin embargo, esta vez vio algo diferente, vio más bien su reflejo en el vidrio. ¡Tantos años habían pasado desde esa fotografía! Su kilometraje se había imprimido en su cara en forma de arrugas y manchas. Nunca le importó demasiado verse viejo, encorvarse y ya no ser el moreno guapo que solía ser. Pero esta vez lo embargó una nostalgia peligrosa.

De joven había sido una persona muy vivaz y apasionada: amaba el arte, descubría maravillas en todo lo que veía, sufría todas sus emociones -

buenas o malas- de forma consciente. Su mayor pasión era dibujar.

Creció en una casa preciosa en la playa, en un eterno verano y bajo un sol que le daba un tono dorado a su piel morena. Aunque vivía rodeado de un paisaje impresionante, prefería dibujar rostros o calles atestadas. El mar era solo para admirar. Atreverse a dibujarlo era ser demasiado pretencioso.

Ocurría algo muy curioso con sus dibujos. Se enamoraba de cada rostro femenino que trazaba. Cuando lo descubrió, fue mucho más cuidadoso al elegir a quién dibujar. Pero hacer eso era difícil... todas querían que las dibujara el chico guapo de la casa en la playa. Entonces empezó a dibujar calles: primero, las de la ciudad; luego, los rincones, calles empedradas y caminos entre matorrales que sus manos por sí solas inventaban.

Le habían roto el corazón demasiadas veces y él había roto otros, muchas más. Entre más sufría, más dibujos le salían. Parecía que esa era su fuente inagotable de inspiración. En los momentos de mayor éxtasis a causa del amor experimentaba una explosión en su corazón, le hervía la sangre, sentía fuego en las venas, descargas eléctricas en sus puntas y vacíos en sus valles. Esto, por supuesto, se traducían en mil cosas más: canciones, poemas... una vez hizo hasta una escultura en madera. Era un verdadero artista, le salía de todo.

No obstante, su pasión era dibujar. Y los dibujos se reproducían en cuadernillos enteros después de un desamor. Tanto se entregaba entonces a sus dibujos que empezaba de nuevo con los retratos, y ahí era cuando caía presa de otra ilusión. A sus enamoradas les decía: "si esto se acaba, regálame un carboncillo. Lo necesitaré". Y eso hacían, aunque fuera él quien pusiera fin a la relación.

Ya a los 20 años estaba harto. Le gustaba vivir al límite de sus emociones, pero ya quería sentar cabeza, no ir de aquí para allá. Sentía que tenía un corazón tan bien entrenado para experimentarlo todo que casi sabía a qué velocidad latía durante cualquier incidente. A los 20 sintió que había vivido una década más, que iba a envejecer demasiado joven.

Con este fin, durante unas vacaciones se dedicó a hacer poemas de amor ilustrados. Los cinco mejores los escogería para una locura. Cuando el verano terminó, se sentó y decidió en una noche cuáles serían los poemas ganadores. Luego, arrancó una hoja de un cuadernillo de dibujo y escribió:

"Si encontraste esto, respóndeme".

Debajo puso su nombre y su dirección lo más detalladamente posible.

Ya eran las dos de la mañana. Se escabulló hacia la cocina y buscó una botella. Cualquiera serviría para esa locura. Enrolló los poemas y la hoja y los guardó cuidadosamente dentro de la botella. Entonces, tomó el bote de pesca de su padre y remó en la oscuridad algunos kilómetros mar adentro. El resto es evidente.

Al día siguiente, hizo lo que nunca se debe hacer cuando se le quiere quitar importancia a un asunto: se lo contó a alguien.

- Nunca dejas de sorprenderme. ¿Cómo se te ocurre salir con eso después de que te propusiste sentar cabeza? - protestó su amigo.

- Después de mucha reflexión llegué a la conclusión de que la única forma de encontrar al amor de mi vida es si no dibujo su rostro. Y siempre querré dibujar un rostro. Así que decidí que esa botella haga la labor por mí. -dijo mientras jugaba con el pitillo dentro del jugo.

- ¿Estás consciente de que lo más probable es que se pierda y nunca nadie la encuentre?

- Sí, claro. También soy consciente de que la puede encontrar alguien que no me quiera contactar... Todo es posible.

Esperó un par de años durante los cuales maduró lo suficiente como para olvidarse del asunto. Se mudó al interior del país. Estudió una carrera que ni lo apasionaba ni lo aburría. Trabajó pensando en tener una vejez tranquila y llegó a ella sin mayor dificultad.

Ah, casi lo olvido: se casó. Se casó con una chica que conoció en la facultad. Había sentado tanto la cabeza que su corazón latía siempre al mismo ritmo. Por lo tanto, se conformó con una chica buena, decente, que prometiera serle fiel y acompañarlo toda la vida. La amó lo suficiente como para concebir dos hijos, criarlos, tener un fondo de ahorros común y soportar sus ruidos al comer durante 20 años. La amó lo suficiente para llorarla y extrañarla cuando se fue.

Y ahí estaba: el rostro de quien fue esa persona apasionada, amante de la belleza y del arte... amante del arte de amar. El rostro de una persona que se resignó a tener una vida quieta y tranquila con tal de vivir más años. De haber seguido con su vida de artista, él ya habría desaparecido hasta del recuerdo de sus más íntimos amigos.

Esa noche que se vio a través del vidrio del portarretratos, se hartó. Quiso volver al fuego en las venas, a la vida al límite, al sufrimiento de las emociones, a la vida del verdadero artista. Y no le importó querer eso a los 70 años. Finalmente, él había envejecido porque quería; con el cuerpo no tenía remedio, pero su alma llevaba enterrada una eternidad.

Alguien había contestado su carta, y esto hizo revivir en él el anhelo de encontrar al amor de su vida. ¿Quién sería? ¿Qué habría escrito? ¿En qué

idioma estaría la carta?

Había sido algo muy favorable que él hubiera conservado la casa de sus padres. Estuvo a punto de venderla una vez, cansado de buscar un buen inquilino que no le supusiera invertir dinero en reparar daños. "Ya aparecerá, ten paciencia" le decía su esposa. Él le hizo caso y, efectivamente, con el tiempo apareció una pareja sin hijos muy cuidadosa y decente.

- Le llegó una carta hoy en la mañana. -le dijo la mujer por el teléfono.
- ¡¿A mí?! Pero si yo llevo sin vivir ahí más de 50 años.
- Sí, a usted. Aquí está su nombre muy claro. Y la dirección está escrita con tanto detalle que solo hacía falta que pusiera "planeta Tierra". -ambos rieron. -Se la envían desde Reikiavik. Islandia.
- Uy... En fin, ¿desea que se la envíe?
- Por supuesto. No tengo idea de quién es; mas si tiene mi nombre y la dirección correcta, pues debe ser algo importante. -respondió con voz decidida.
- Desde luego. En la tarde voy a la oficina de correos y le diré el tiempo estimado de llegada.
- Se lo agradezco mucho. Por favor, salude a su esposo de mi parte. -y se despidió.

De repente, sintió unas ganas irresistibles de dibujar. Pero de eso hacía años. Su esposa había muerto sin saber que alguna vez él había amado dibujar. Ni siquiera tenía papel. Entonces, recordó ese almacén que no se cerraba nunca. De la prisa, solo se puso una levantadora encima y zapatos. Olvidó las llaves del auto y le tocó devolverse por ellas.

Ya una hora después estaba de vuelta en casa. Se preparó café. Se puso cómodo en el escritorio y sacó el cuadernillo y los carbonillos... Como si sus manos rejuvenecieran, empezó a salir un dibujo de los trazos.

Terminó a las cinco de la mañana. Se sorprendió. No había dibujado calles atestadas ni caminos (entonces, no estaba enamorado). Había salido de sus manos un rostro. Un rostro de alguien a quien no había visto nunca. Se sorprendió, pues era la primera vez que pasaba. Siempre había tenido modelos. Siempre había dibujado a gente conocida. Su corazón volvió a latir a una frecuencia diferente.

Esperó pacientemente durante cinco días. Y, como si una fuerza superior supiera que no iba a aguantar más, llegó la carta a la misma hora que la llamada de la inquilina cinco días antes.

Estaba tan nervioso, pero tan feliz. No le importaba lo que dijera, no le importaba en qué idioma, no le importaba que no fuera el amor de su

vida... Ya solo importaba que había vuelto a vivir, había rejuvenecido.

El sobre tenía la información escrita a mano. Un tipo de letra sin serifas, limpio y despegado... Sin duda alguna: una mujer. Y tal como haría el chico de 20 años, olió el sobre, determinó su peso y su grosor, examinó el tipo de papel y buscó su color en una paleta de Pantones. Después de semejante ritual, podía abrirla.

Lo hizo con mucho cuidado para no dañar el sobre. Era un poco abultado, entonces se le hizo difícil. En primer lugar había un papel de tamaño más pequeño que los demás. Lo tomó y leyó (no estaba en islandés):

“Encontré tu botella mientras paseaba por la playa con mamá.

Respondo a tus poemas con cinco dibujos hechos por mí”.

La sangre se le heló. “¿Me respondieron con dibujos? ¡Esto es increíble!” pensó mientras se recostaba sobre el sillón. ¿Qué tal que fueran dibujos de rostros... o de calles? ¿Un alma gemela con la misma pasión?

Ahora sí que enloqueció su corazón. Ya latía a destiempo y en todas las direcciones. En ese momento, agradeció inmensamente tener costillas que lo aprisionaran.

Abrió todos los dibujos, uno por uno y los puso sobre la mesa. No eran ni rostros ni calles. Eran paisajes... ¡a todo color! Eran cinco paisajes representando el mar visto desde los ojos de alguien más, a diferentes horas, en diferentes humores. Ni un alma viviente en los paisajes, ni un rastro humano, ni siquiera una huella sobre la playa.

Eran paisajes de algo que él nunca se había atrevido a dibujar. Y ahora tenía cinco hojas de alguien que había tenido las agallas para hacerlo... con crayolas. Por la técnica y los trazos se dio cuenta de que eran los dibujos de alguien no mayor de 7 años. Se conmovió. Nunca había pensado en esa posibilidad.

Pero en el sobre había algo más. Una fotografía.

Y, con el mar de fondo, se capturó el momento en que una niña rubia, despeinada por la brisa, con los pies negros de arena mojada y sin un diente, sonreía con una botella en la mano. Era una sonrisa llena de esa emoción infantil que él casi había olvidado. Una sonrisa que se iba saliendo de la fotografía conforme él sonreía también. Lo embargó la misma emoción: había encontrado a la dueña del último rostro.